

INDUSTRIAS CULTURALES Y TRABAJO INTELECTUAL: LA SUBSUNCIÓN DEL TRABAJO AL CAPITAL Y EL *GENERAL INTELLECT*

Federico Alberto Ferme
Universidad de Buenos Aires (Argentina)

El propósito de este trabajo es realizar un abordaje de algunos aspectos problemáticos de la relación entre las formas que ha adoptado el trabajo intelectual y las características centrales de la organización de las industrias culturales según la concepción de la Economía Política de la Comunicación. Se focalizará el análisis en los problemas que surgen al pensar los procesos de valorización del capital para el trabajo intelectual y particularmente el trabajo creativo en el marco de la «industrialización de la superestructura». Uno de los problemas principales que esta nueva estructura genera es el de pensar la mercantilización del conocimiento –como uno de los productos del trabajo intelectual e inmaterial– desde las categorías de «valor» y «trabajo» de la economía política. Para ello se planteará un recorrido que tome en consideración los modos en que el trabajo se relaciona con el capital y las distintas formas de subsunción desde la propuesta de Marx y se retomarán diferentes perspectivas relativas a la noción de *General Intellect*. Marx presenta esta noción en los *Grundrisse*, y la define como un saber social que se vuelve el recurso fundamental del modo de producción y como fuerza productiva principal. En abierta oposición con su teoría del valor-trabajo, esta noción permite abordar los problemas del trabajo intelectual en la producción cultural desde una perspectiva materialista.

1–. La subsunción del trabajo en el capital: la separación entre trabajo manual e intelectual

En los capítulos históricos del tomo I de *El Capital* y en los *Grundrisse*, Marx describe los cambios que se producen en el proceso de trabajo en el paso de los modos de producción precapitalistas al propiamente capitalista. A la idea de «enajenación» que comenzó a desarrollar explícitamente a partir de los *Manuscritos del 44*, como aquel proceso a través del cual el obrero pierde la propiedad de los objetos de su trabajo hasta el punto en que se les presentan como ajenos y teniendo un poder independiente de quienes los producen. A su vez, la alienación del trabajador no solo se da en relación con los productos de su trabajo sino también en cuanto a su actividad que ya no le pertenece, sino que es vendida como fuerza de trabajo en el mercado. Sobre el final del Libro I de *El Capital*, precisamente en el «Capítulo VI» (inédito), Marx introduce la noción de subsunción del trabajo en el capital como otro modo de abordar el fenómeno de la alienación. Las distintas fases del proceso de subsunción permiten ver los diferentes modos en los que el capital intenta valorizarse a partir de la extensión de la explotación de la fuerza de trabajo a diferentes ramas de la producción de la vida. De este modo, se busca transformar en productivas aquellas tareas que por no participar en el proceso de valorización son improductivas; se intenta incorporar cada vez más actividades sociales para aumentar la extracción de plusvalía, por un lado, y por medio de la revolución de los

medios de producción, por el otro. Dentro de esas diferentes ramas sobre las que avanza el capital se encuentran también aquellas destinadas a la producción de conocimiento y caracterizadas por el trabajo intelectual. Cabe destacar que el paso de una de las formas de subsunción a la otra se corresponderá, a su vez, con el inicio de la separación entre el trabajo manual y el intelectual al interior del capitalismo, que luego derivará en la tendencia a la incorporación del trabajo intelectual –principalmente el científico– al capital y su aplicación para la transformación de las condiciones productivas, como intento de dar respuesta a la necesidad constante de valorización.

En este sentido, Marx distingue dos tipos de subsunción. El primero de ellos, formal, se produce con el surgimiento del capitalismo, cuando el proceso de trabajo entra por primera vez bajo la órbita y el control del capital. Su carácter es formal ya que las condiciones del proceso de trabajo, con sus formas particulares y el grado de avance de su desarrollo técnico, se mantienen idénticas a las condiciones sociales de producción anteriores y, por lo tanto, no capitalistas. Así, Marx afirma:

La naturaleza general del proceso laboral no se modifica, naturalmente, por el hecho de que el obrero lo ejecute para el capitalista, en vez de hacerlo para sí. Pero en un principio tampoco se modifica, por el mero hecho de que se interponga el capitalista, la manera determinada en que se hacen botas o se hila (Marx, 2009, p. 224).

El capitalista debe apropiarse de la fuerza de trabajo tal como la encuentra en el mercado. Por consiguiente el proceso de trabajo real está determinado por unas condiciones preexistentes y según unas formas correspondientes a un período anterior a la existencia de capitalistas. Los artesanos son desposeídos de sus medios de producción por un capital comercial y pierden el dominio del proceso de producción (Zallo, p. 64). En este caso la subsunción o subordinación del trabajo al capital se produce sin cambios tecnológicos considerables, «los oficios siguen definiendo el proceso de trabajo, que se da de modo yuxtapuesto y cuyas reglas de organización son reguladas por el propio saber de oficio» (Zallo, p. 64). El trabajador deja de ser un propietario independiente de mercancías. De trabajar para sí mismo pasa a estar bajo el control y la propiedad del capitalista o del capital en general, pero su actividad no sufre modificaciones. Su vinculación con el capital es a través del salario. El hecho de que se mantengan las condiciones de producción previas lleva a que el tiempo de trabajo necesario para la producción de los valores de uso no varíe, de modo que la única manera que el capitalista tiene de producir una mayor plusvalía es aumentando el tiempo de la jornada laboral; es decir, aumentando la diferencia entre el tiempo necesario para la reproducción de la fuerza de trabajo –por lo que el trabajador recibe un salario– y el tiempo de trabajo comprado en la jornada laboral: lo que Marx llama «plusvalía absoluta»:

Llamo *subsunción formal del trabajo al capital* a la forma que reposa en el plusvalor absoluto, porque no se distingue más que formalmente de los modos de producción anteriores, sobre la base de los cuales surgen espontáneamente (o es introducida), ya sea cuando el productor

inmediato continúa siendo su propio patrono, ya sea cuando debe proporcionar plustrabajo a otros. Todo lo que cambia es la coacción ejercida o método empleado para extocar el plustrabajo (Marx, 1997, p. 73).

La verdadera transformación del modo de producción y el surgimiento del modo propiamente capitalista acontece más tarde. Allí es cuando se produce el paso de la subsunción formal a la subsunción real, del trabajo al capital, contemporáneo a la Revolución Industrial y a la expansión definitiva del capitalismo. Esto derivaría luego de una serie de procesos y mostrando una continuidad entre las formas de organización social que Marx describía y las del siglo XX, en el fordismo: la «metamorfosis histórica del medio de trabajo legado por la tradición, transformado en adecuado para el capital» (Marx, 2009, p. 220). En el mencionado capítulo, Marx da cuenta de este pasaje argumentando que las condiciones necesarias para la expansión del capitalismo y para el aumento de la acumulación requerían otras formas de producción de plustrabajo. Ya no bastaba con que el capital se apodere del proceso de trabajo manteniendo sus formas tradicionales y aumentando su duración. De esta forma, para Marx el paso hacia la subsunción real supone:

Para aumentar la fuerza productiva del trabajo, abatir el valor de la fuerza de trabajo por medio del aumento de la fuerza productiva del trabajo y abreviar así la parte de la jornada laboral necesaria para la reproducción de dicho valor, el capital tiene que revolucionar las condiciones técnicas y sociales del proceso de trabajo, y por tanto el modo de producción mismo (Marx, 2009b, pp. 382-383)

La búsqueda de una maximización de los ritmos de producción como forma de aumento de la productividad del trabajo, junto con la racionalidad científica aplicada a la industria y el consecuente impulso al desarrollo tecnológico generó una serie de cambios profundos en el modo de producción y en el trabajo: polarización de los saberes y parcelación de las tareas, división del trabajo, tiempo de trabajo como medida del valor y como prescripción de los modos más operativos para la producción. En este sentido, el taylorismo ha sido la mayor expresión de la transformación de los modos de organización del trabajo a partir de la búsqueda de una «base científica» que permita definir racionalmente unos criterios objetivos para la medición del rendimiento de los trabajadores. Es en este proceso puntual donde se ve cómo «la actividad del hombre se le objetiva a él mismo» (Lukács, 2009, p. 192). El taylorismo descomponía cada operación en una serie de movimientos cuyo tiempo se medía con minuciosidad. Del conjunto de ellos se optaba por los más «elementales» que luego sumados recomponían la operación global más «racional» y se les imponían al trabajador como modelo de su actividad y medida de su trabajo. El proceso de trabajo se va descomponiendo en operaciones parciales racionales por lo que, por consiguiente, también se descompone la relación del trabajador con el producto como un todo, y su trabajo se reduce a una función especial que se repite mecánicamente. El trabajo deja de ser controlado directamente por el capitalista, como en la subsunción formal, y comienza a ser dirigido directamente por la máquina. La segunda Revolución Industrial llevó este aspecto al extremo en que el proceso de producción dejó de

ser un proceso de trabajo, es decir –como sostiene Marx– que dejó de ser controlado por el trabajo como unidad dominante. La subsunción real del trabajo en el capital supone que es este último el que define tanto el proceso de trabajo como su producto y las condiciones de su valorización.

Marx describe esto en el fragmento de los *Grundrisse* dedicado a las máquinas en el que marca la transformación de los «medios de trabajo», bajo el control del trabajo vivo, en «maquinaria», y por consiguiente, del trabajo vivo en accesorio vivo de esa maquinaria, como medio para la acción de ella (Marx, 2009, p. 219). En la maquinaria, afirma Marx, el trabajo objetivado se enfrenta materialmente al trabajo vivo como poder que lo domina y como subsunción activa del segundo bajo el primero (Marx, 2009, p. 220). Así, la máquina ya no aparece como el medio de trabajo del obrero individual que le permite transmitir al objeto su actividad. En el caso de las herramientas o instrumentos, por ejemplo, estas son animadas por el obrero, de modo que dependen de su pericia o habilidad. El paso de los «medios de trabajo» a la «maquinaria» supone para Marx que la máquina se vuelve la dueña de la fuerza y el virtuosismo en lugar del obrero, cuya actividad –reducida a «mera abstracción de la actividad»– queda determinada y regulada en todos los aspectos por el movimiento de la maquinaria, y no ya a la inversa (Marx, 2009, p. 219). En sintonía con esto Enrique Dussel afirma que en la subsunción real el trabajo «solo consiste en controlar una máquina pero no ya realizar efectivamente un trabajo con pericia, es un trabajo meramente universal, lo puede hacer cualquiera, sin especialización particular» (Dussel, 1998, p. 353). El medio de trabajo se vuelve «sistema automático de maquinaria», es decir, que se pone en movimiento por una fuerza motriz que se mueve a sí misma en el que el obrero tiene lugar solo como un elemento más. De esta manera en esta fase del proceso de subsunción real:

... el trabajo se presenta, antes bien, solo como órgano consciente, disperso bajo la forma de diversos obreros vivos presentes en muchos puntos del sistema mecánico, y subsumido en el proceso total de la maquinaria misma, solo como un miembro del sistema cuya unidad no existe en los obreros vivos, sino en la maquinaria viva (activa), la cual se presenta frente al obrero, frente a la actividad individual en insignificante de este, como un poderoso organismo (Marx, 2009, p. 219).

La subsunción real del trabajo en el capital tiene como una de sus consecuencias directas la ruptura de las formas de trabajo propias del artesanado, todavía presentes en el período manufacturero, y la desappropriación del saber de los artesanos respecto de su actividad. El modo determinado de trabajo [...] se presenta aquí directamente transferido del obrero al capital bajo la forma de la máquina (Marx, 2009, p. 227). Este proceso tiene una serie de derivaciones: por un lado, y como se ha dicho, se produce una ruptura de la unidad que caracterizaba al artesanado entre trabajo manual e intelectual (Bolaño, 2005, p. 51). Como señala Zallo citando a Freyssenet, es la misma máquina capitalista la que materializa la separación entre trabajo intelectual y manual (Zallo, p. 65; Freyssenet 1979, p. 40). Esto conduce a una división cada vez más pronunciada entre una capa de «dirigentes» y un sector de «ejecutantes» en la organización de la empresa capitalista. Por su parte, en una fase

posterior y una vez despojados los trabajadores del saber sobre su actividad el modo de producción se articula con el conocimiento producido por el desarrollo científico que se daba en un orden propiamente intelectual y se lo objetiva en nuevos instrumentos. Así, comienza a constituirse una nueva estructura en la que el trabajo intelectual empieza a relacionarse profundamente con el capital, conformando de este modo una nueva fase en la división del trabajo, pues ya no se trata del trabajo manual y directo el que queda subsumido en el capital (Bolaño, 2005, p. 51).

2-. *General Intellect* y subsunción del trabajo intelectual: conocimiento y trabajo creativo

Como se ha señalado, luego del primer movimiento de desapropiación del saber de los artesanos por el capital, en la transición de la subsunción formal a la real, se produce una aproximación del trabajo intelectual al modo de producción. La Revolución Industrial supuso la articulación de los desarrollos científicos con la tecnología utilizada en la producción capitalista. En ese momento se inicia un período en el que es el trabajo intelectual el que tiende, de manera compleja y para nada lineal, a ser subordinado a su lógica –aquel que Marx caracterizaba como el de la «producción de máquinas por medio de máquinas». La aproximación del trabajo intelectual a la producción que para Bolaño llega hoy a un punto de maduración fundamental con el desarrollo de las tecnologías informacionales pone en el centro de la escena la cuestión de la subsunción real del trabajo intelectual en el capital (Bolaño, 2005, p. 51). Uno de los problemas principales que esta nueva estructura genera es el de pensar la mercantilización del conocimiento –como uno de los productos del trabajo intelectual e inmaterial– desde las categorías de «valor» y «trabajo» de la economía política.

El proceso señalado por Bolaño, que comienza a partir de la década de los setenta, caracteriza al período de recomposición capitalista y a la salida posfordista. Como sostiene el autor, el elemento central del proceso de producción en este período es el desarrollo de las TIC, y de un doble movimiento de subsunción del trabajo intelectual, por un lado, y de intelectualización del trabajo manual en las áreas más desarrolladas, por el otro (Bolaño, 2005, p. 48). En esta reconfiguración de las relaciones entre trabajo y capital, en el marco de la tercera Revolución Industrial y de la economía del conocimiento, «la producción del valor pasa necesariamente por un momento de creación intelectual, subsumido en el proceso global de acumulación de capital» (Bolaño, 2005, p. 57).

La producción en el capitalismo posfordista se caracteriza por una intelectualización generalizada de los procesos de trabajo. Esto supone que a diferencia del capitalismo industrial «las energías que el capital procura extraer del trabajador son fundamentalmente mentales y no físicas» (Bolaño, 2005, p. 53). Una anticipación de este proceso puede encontrarse en los *Grundrisse* de Marx, aunque como sostiene Vercellone su intuición contenía un componente liberador y como condición para el paso hacia el socialismo. La intelectualización de la producción –y en el posfordismo ciertamente también del consumo– tiene como antecedente histórico el proceso de aproximación y subsunción del trabajo intelectual al capital. Para Marx, esto «solo se verifica cuando la gran industria ha alcanzado ya un nivel superior, y el capital ha

capturado y puesto a su servicio todas las ciencias (Marx, 2009, p. 227). De esta manera, en un primer momento el capital enajena el trabajo manual imponiéndole al trabajador las condiciones del proceso, pero por otro lado también tenderá a hacerlo con el trabajo intelectual, por lo menos en algunas ramas en las que se pierde la capacidad de actuar sobre los instrumentos productivos y sobre los objetos del trabajo, como sucedía con el trabajo del artesano, limitando de esta forma las posibilidades de la actividad creativa (Bolaño, 1999, p. 43). De hecho, la expansión del capital tiene por consecuencia la subsunción cada vez más acentuada de sectores sociales ajenos a la producción hasta ese momento. Nuevos técnicos y profesionales cuyo trabajo es de carácter intelectual se incorporan a la producción al ser creados roles de organización, operativos y de supervisión del proceso de trabajo, constituyendo de este modo sectores de trabajadores ligados al trabajo creativo, burocrático e intelectual. Como sostienen Lazzarato y Negri, el trabajo del operario se transforma en trabajo de control, de gestión de información, de capacidades de decisión (Lazzarato y Negri, 2001). Para avanzar en el ciclo de la valorización del capital y aumentar la plusvalía relativa –mejorar la productividad, disminuir los tiempos improductivos, etc.– debe incorporar, real o formalmente, cada vez más al trabajo intelectual en el proceso productivo. De esta forma, con la aplicación del desarrollo tecnológico y científico en la producción de maquinaria, se reconfigura la relación entre trabajo manual e intelectual y capital a tal punto que la ciencia se transforma en un factor clave de la producción.

Para Marx «las invenciones se convierten entonces en rama de la actividad económica y la aplicación de la ciencia a la producción inmediata misma se torna en un criterio que determina e incita esta» (Marx, 2009, p. 227). Esto implica que el trabajo intelectual aplicado al desarrollo tecnológico y a la constitución de la maquinaria –en el sentido ya mencionado– pasa a tener un lugar privilegiado en la producción en detrimento del trabajo vivo, manual e inmediato. La particularidad de este fenómeno es que para Marx este conjunto de transformaciones se presentan como una fuerza productiva del capital –en su vinculación con la ciencia– y no como propia del trabajo. En otras palabras, el trabajo manual e intelectual objetivado en la maquinaria ya no se presenta como producto o medio de trabajo, «sino bajo la forma de la fuerza productiva misma» (Marx, 2009, p. 220). La maquinaria se desarrolla con la acumulación de la ciencia social, de la fuerza productiva en general. Así Marx afirma que «no es en el obrero sino en el capital donde está representado el trabajo generalmente social» (Marx, 2009, p. 221). Por tal motivo, en los *Grundrisse* Marx llega a afirmar que la extracción del tiempo de trabajo sobre la que se fundaba el modo de producción y sus diversas formas de creación de plusvalor dejan de ser el pilar de la riqueza:

En la medida que la gran industria se desarrolla, la creación de riqueza efectiva se vuelve menos dependiente del tiempo de trabajo y del cuanto de trabajo emplea-dos, que del poder de los agentes puestos en movimiento durante el tiempo de trabajo, poder que a su vez [...] no guarda relación alguna con el tiempo de trabajo inmediato que cuesta su producción, sino que depende más bien del estado general de la ciencia y del progreso de la tecnología, o de la aplicación de esta ciencia a la producción (Marx, 2009, p. 228).

Marx da cuenta de ello con la tesis del *General Intellect* en la que considera al saber social como el recurso fundamental del modo de producción y como su fuerza productiva principal, en tanto ese conocimiento social –como afirma Paolo Virno– se objetiva y se encarna en el sistema automático de las máquinas, y se relega a una posición secundaria al trabajo manual, «parcelario y repetitivo», característico de la Revolución Industrial.

Sobre el final del «Fragmento de las máquinas», en los *Grundrisse*, puede leerse que «el conocimiento o saber social general se ha convertido en fuerza productiva inmediata» y que «las condiciones del proceso de la vida social misma han entrado bajo los controles del general intellect» (Marx, 2009, p. 230). De esta afirmación pueden desprenderse varias cuestiones. Por un lado, y siguiendo a Virno, la idea de *General Intellect* supone que en un determinado momento histórico, cuyo germen intuyó Marx, pero que en rigor caracteriza al período del capitalismo posfordista, la ciencia, la información, el saber en general, la comunicación lingüística se presentan como el «pilar central» que sostiene la producción y la riqueza y no ya el tiempo de trabajo (Virno, 2003). Si se piensa en la producción posfordista, por ejemplo, los trabajadores intervienen cada vez más en el proceso productivo a partir de aptitudes intelectuales y cognitivas y de su cooperación. El mismo Marx en este fragmento se aleja de las categorías centrales de su teoría y de la economía política en general y permite abrir una discusión acerca del trabajo inmediato como tiempo productivo principal y da cuenta de la imposibilidad de mantener el tiempo de trabajo directo como la medida de la productividad. Por lo tanto, Marx anticipa con aquella intuición las dificultades de la ley del valor basada en la medida del trabajo abstracto para comprender un proceso de creciente intelectualización de la producción. En efecto, llega a afirmar explícitamente que «desaparecen el trabajo inmediato y su cantidad como principio determinante de la producción –de la creación de valores de uso– (Marx, 2009, p. 222). Por consiguiente, cuando los poderes generales del intelecto humano se vuelven el factor central de la creación de riqueza «se desploma la producción fundada en el valor de cambio, y al proceso de producción material inmediato se le quita la forma de la necesidad apremiante y el antagonismo» (Marx, 2009, p. 229). La creación de la riqueza pasa a depender, para Marx, de la «cooperación y del intercambio sociales» y se independiza del tiempo de trabajo empleado en ella (Marx, 2009, p. 229). Siguiendo a Lazzarato en este punto, en Marx todas estas afirmaciones no pasan de ser evocaciones, puesto que no dice de qué modo se hace la ciencia ni explica en qué consiste la cooperación y el intercambio –en términos de circulación– social (Lazzarato, 2006, p. 132).

La posición de Lazzarato y Negri se apoya en buena medida en esta tesis y se aplica también a las condiciones de la producción cultural. Basándose en la idea del *General Intellect* de los *Grundrisse*, afirman que en la sociedad posfordista estamos ante una hegemonía del trabajo inmaterial, que se ha establecido como base fundamental de la producción, la reproducción y el consumo. Para ellos el proceso de valorización del capital en el capitalismo contemporáneo no comienza con la venta de la fuerza de trabajo de los empleados para realizar un producto, y del que a partir de su expropiación y explotación la empresa capitalista obtendrá

una plusvalía, como lo afirma la economía política o la teoría marxista. Para Lazzarato el relato debe comenzar fuera de la empresa ya que el saber que necesita el capital como fuerza productiva –al que denomina «cooperación de los cerebros»– se encuentra fuera de la empresa y existe antes de ser capturado por ella (Lazzarato, 2006, p. 124). La tesis de Lazzarato y Negri sobre el trabajo inmaterial es que su ciclo es «preconstituido por una fuerza de trabajo social y autónoma, capaz de organizar el propio trabajo y las propias relaciones con la empresa» (Lazzarato y Negri, 2001). Un ejemplo paradigmático es el del desarrollo del *software* libre que pone al usuario en posición de devenir productor activo y no en cliente. Se constituye a partir de modalidades de cooperación y de cocreación social que van más allá de la relación capital y trabajo:

Para existir, esta cooperación no necesita de la empresa y del capitalista, como en la economía descrita por Marx y Smith. Al contrario, depende por derecho del desarrollo y de la difusión de la ciencia, de los dispositivos tecnológicos y de las redes de comunicación y de salud, y del resto de los servicios que conciernen a la “población”. La potencia de creación y de realización de la cooperación depende entonces de la disponibilidad y del acceso a “bienes públicos” o “colectivos” o “comunes” (la ciencia, el saber, Internet, la salud, etcétera) (Lazzarato, 2006, p. 124).

Tómese el ejemplo de Microsoft y del desarrollo de *software* como un tipo particular de trabajo intelectual e inmaterial. Según indican los autores esta empresa no emplea a trabajadores que venden su fuerza de trabajo para producir un producto que luego es vendido a los clientes del mercado, ni las ganancias de la empresa se sostienen en la extracción pura de plusvalía a esos trabajadores, sino a partir de la constitución de una clientela y de un monopolio ejercido sobre ella. Y fundamentalmente a partir de la neutralización y captura de esa fuerza productiva social de cocreación a través la posesión de los resultados del trabajo por mecanismos de propiedad intelectual, por el secreto que rige en la empresa y sobre la difusión del *software* (Lazzarato, 2006, p. 126). Como sostiene Fazio:

... quien es contratado por una empresa para desarrollar *software* lo que primero debe hacer es firmar un acuerdo de confidencialidad en el que se comprometa a no revelar ningún aspecto de la producción sin previa autorización. Además, no tendrá –obviamente– libertad de programar lo que desee, sino que será el empleador quien dirá lo que deberá hacer. Por último, su creación, el producto de su trabajo, será propiedad no suya sino del empleador desde antes de que sea realizado (Fazio, 2006, p. 56).

Frente a la tesis sostenida por Lazzarato, Negri, Hardt o Virno –sustentada en la idea del *General Intellect* presentada por Marx– de que es la ciencia y el conocimiento la nueva fuente de la riqueza, Antunes afirma por el contrario que no se debe ignorar la tesis del valor-trabajo. No debe pensarse que la ciencia sustituya al trabajo, sino que se entablan relaciones complejas entre ellas. La ampliación del trabajo cualificado, intelectual e inmaterial propia del posfordismo no quiere decir que el capital pueda eliminar el trabajo vivo del proceso de creación de valores (Antunes, 2005, p. 109). Aun cuando haya una hegemonía del trabajo inmaterial como señalan

Lazzarato y Negri, el capital recurre cada vez más a formas precarizadas de explotación del trabajo. La ampliación generalizada del trabajo precarizado, principalmente en los países del Tercer Mundo, bajo la forma de la tercerización, es un ejemplo contundente de la vigencia de la ley del valor. En resumen: las máquinas inteligentes no pueden sustituir a los trabajadores (Antunes, 2005, pp. 110-113). Que en la necesidad del capital de reestructurarse en búsqueda de valorizarse lo lleve a aumentar el trabajo muerto, como trabajo objetivado en la máquina, en detrimento del trabajo vivo no supone que pueda prescindirse de este último en el proceso productivo.

Al ser el *General Intellect* una productividad social general, pone en crisis las fronteras que distinguen al trabajo, como actividad productiva directa, y el no trabajo, como tiempo libre. Como sostienen Hardt y Negri el auge del trabajo inmaterial lleva desdibujar la línea que separa el tiempo de trabajo del tiempo libre. Por su parte, Lazzarato y Negri afirman que en el marco de la producción posfordista la categoría de trabajo se presenta insuficiente para dar cuenta de la organización de la actividad de la fuerza de trabajo inmaterial, ya que se hace cada vez más difícil distinguir el tiempo de trabajo del tiempo de reproducción o del tiempo libre: «nos encontramos ante un tiempo de trabajo global en el que es casi imposible hacer la separación entre tiempo productivo y tiempo de goce» (Lazzarato y Negri, 2001). Hoy se pide del trabajador que se “comprometa” con la empresa, que ponga en juego sus capacidades intelectuales, que sea emprendedor y tenga iniciativa autónoma, que pueda comunicarse y desarrollar vínculos afectivos. Es decir, todo aquello que antes se desarrollaba en el tiempo libre, ahora es requerido por el sistema productivo (Fazio, 2006, p. 89). El trabajador debe convertirse en “sujeto activo” de la coordinación de diferentes funciones de la producción. Asume una forma activa de subjetividad que debe ser puesta al servicio del capital y de sus necesidades de acumulación. Se trata para Antunes de una *subjetividad inauténtica* por cuanto está incitada para el compromiso con el proyecto de la empresa y volcada hacia la valorización del capital (Antunes, 2005, p. 118). En el mismo sentido, también la división del trabajo en su condición más rígida, entra en crisis, y en términos generales también la distinción entre concepción y ejecución, propia de la fase de subsunción real del trabajo manual al capital. En los *Grundrisse* puede leerse que cuando el *General Intellect* se erige como fuente de la riqueza, el tiempo de trabajo inmediato no puede permanecer en la antítesis abstracta con el tiempo libre (Marx, 2009, p. 236). Por un lado, la reproducción del saber social –de la «intelectualidad de masas» fuente de riqueza se hace a expensas del capital– y, por otro lado, la totalidad de la vida social se vuelve productiva.

Uno de los principales problemas que surgen a partir de las dificultades para establecer una distinción entre tiempo de trabajo y tiempo de ocio a la hora de pensar el trabajo inmaterial e intelectual en un contexto en el que el conocimiento se vuelve el principal creador de valor es que, aun cuando este tenga un valor de uso concreto, no posee una referencia clara que permita determinar cuál es su valor de cambio. Para Marx el valor de cambio de una mercancía depende de la cantidad de trabajo abstracto contenida en un valor de uso concreto, y esa cantidad se mide por su duración a partir de determinadas fracciones temporales –horas, días,

etc.– y según un «tiempo de trabajo promedialmente necesario» (Marx, 2009, p. 48). En el caso del trabajo intelectual e inmaterial, y más precisamente cuando es la ciencia la que se pone como fuerza productiva principal, es que ese «tiempo de trabajo socialmente necesario» no puede establecerse. Lo mismo puede decirse del trabajo creativo en las industrias culturales. Según Zallo:

La problemática del valor se plantea en cualquier economía de intercambio [...] cuya regulación remite al tiempo de trabajo socialmente necesario para la producción de mercancías como parámetro comparativo de tiempos de trabajo concretos (Zallo, p. 55).

Respecto a esto Moles –erróneamente para Zallo– destaca la imposibilidad de aplicar el análisis marxista del valor a un terreno tan distinto del mundo de los objetos como es el mercado intelectual (Moles, 1978, p. 87). Aun así entre los elementos que propone Moles para analizar la configuración del valor aportado por el trabajo creativo incluye el «tiempo de concepción», compuesto por el tiempo de la gestación en el que se desarrolla la idea u obra previa a su formulación y el tiempo de formulación propiamente dicho (Zallo, pp. 56-57). Según Moles sería concebible establecer el costo de una idea a partir de un tiempo de gestación. Sin embargo, Zallo remarca que una media social de tiempo, como la necesaria para poder establecer una equivalencia para el intercambio de las mercancías producidas, no puede dar cuenta de las variadas situaciones personales de los productores: «los experimentados creadores son tan capaces de emplear tiempos sensiblemente inferiores a la media como de sobrepasar las calidades medias» (Zallo, p. 56). En este sentido cabe preguntarse ¿cuál es el tiempo promedio según las condiciones sociales de producción actuales para la producción de un *software* innovador, una vacuna o una novela *best seller*, que permita a partir de ello determinar la magnitud de valor de cada uno de esos valores de uso y con el que se pueda establecer el valor de cambio entre cada uno de ellos? Pero a su vez si no puede distinguirse el tiempo de trabajo del tiempo de ocio respecto de las modalidades del trabajo inmaterial tampoco entonces se puede determinar su coste de reproducción. Como sostiene Rullani no solo es incierto el coste de producción, sino que el coste de reproducción tiende a ser nulo: «falla la abstracción real, es decir, la reducción del trabajo al tiempo de trabajo necesario» (Rullani, 2004, p. 102). Allí residen algunas de las dificultades para pensar los modos en que el conocimiento es transformado en valor, al punto en que para Habermas al ser la técnica y la ciencia la principal fuerza productiva caen por tierra las condiciones de aplicación de la teoría del valor de Marx: «ya no es sensato querer calcular los recursos del capital para inversión en investigación y desarrollo, con base en el valor de cambio del trabajo no calificado si el progreso tecnocientífico se volvió una fuente independiente de plusvalía» (Habermas, 1975, p. 320).

Para Bolaño algunas de estas dificultades se encuentran en que en la economía del conocimiento gran parte de la producción del valor pasa por una etapa de creación intelectual. El saber tiene una dimensión tácita irreductible que dificulta la realización de las diversas operaciones como su intercambio, difusión o aprendizaje. Esto debe ser comprendido, a su vez, a la luz de las características del trabajo inmaterial, que en el contexto del capitalismo

posfordista organiza la producción y su relación con el consumo, como una interfase entre ambos órdenes –por ejemplo, el *marketing*–. Es también, como se ha señalado, uno de los principales problemas para abordar el proceso de valoración de la producción al interior de las industrias culturales. Como afirma Lazzarato el valor de uso del trabajo inmaterial es informativo y cultural (Lazzarato, 2001, p. 39). El problema reside en que, como ha señalado Marx a propósito del trabajo de servicios, este permanece ligado a la persona que lo ejecuta. Para que el trabajo inmaterial valore capital y no sea únicamente consumido como valor de uso debe ser objetivado, por ejemplo, como en el caso de la maquinaria, antes mencionado, en un elemento del capital constante. Por tal motivo, para Bolaño:

El gran problema económico de nuestro tiempo reside en transformar el conocimiento tácito en conocimiento codificado, convirtiéndolo en mensaje que pueda ser manipulado como información. Así, se puede definir la codificación como la operación que consiste en plasmar el conocimiento sobre un soporte, liberándolo de su ligazón con una persona [...] lo que hace, por otro lado que un «conocimiento codificado se aproxime a las características de una mercancía» (Bolaño, 2009, p. 55).

Ese conocimiento tácito –en buena medida equivalente al *General Intellect* de Marx–, como se ha dicho, no se circunscribe al ámbito exclusivo de la empresa capitalista. Es una producción social, colectiva y continua. Por lo tanto es un bien social y a la vez común. Esto supone que estos bienes no solo pertenecen a todos como el agua o el aire, sino que son realizados socialmente. En sí mismos son inapropiables e imposibles de intercambiar y su consumo no es destructivo, por el contrario, su circulación se convierte en un momento del proceso de producción y consumo: «todo consumo de un bien común puede entrar inmediatamente en la creación de un nuevo conocimiento o de una nueva obra de arte» (Lazzarato, 2006, p. 136). Es entonces en el modo de su apropiación por el capital en donde se halla el momento de su valorización. Esa producción social y común se internaliza como conocimiento tácito –la apropiación de la que habla Lazzarato– y al ser codificado, es decir, separado de su productor, mediado, encapsulado, objetivado, en un soporte, luego es externalizado y resocializado como mercancía intercambiable.

Claro que las condiciones de esta externalización varían de acuerdo con la rama industrial en general y de las industrias culturales en particular. La posibilidad de la mercantilización del conocimiento a través de su objetivación en un soporte codificado lo liga a su no exclusividad, pues como afirma Bolaño, se trata de un bien no excluyente que no se desgasta con el uso –«está siempre disponible para nuevas e infinitas utilidades»– (Bolaño, 2009, p. 58). Esto conduce a que las externalidades positivas sean limitadas, por ser a su vez un bien público y universal. Por este motivo los costos marginales por su consumo son muy bajos o incluso nulos, directamente vinculados con la reproducción del soporte. Sin embargo, más allá de las dificultades teóricas para establecer el costo de producción de cierta fuerza de trabajo intelectual, indudablemente unas son más costosas que otras. Tal es el caso de los trabajos ligados a saberes científicos más especializados y a los elevados costos de financiación de las correspondientes investigaciones:

... los llamados costos de adquisición, esto es, el costo de «las inversiones intelectuales necesarias para formar una comunidad capaz de comprender y de explorar el conocimiento», comunidad esta que puede ser relativamente reducida, en el caso de una materia muy especializada, o casi universal, cuando se trata de una técnica o un saber elemental (Bolaño, 2009, p. 57).

En el caso del trabajo intelectual vinculado al desarrollo de las TIC y de las biotecnologías, las investigaciones se realizan con una fuerte orientación al mercado. En este sentido, para Bolaño las biotecnologías pueden ser consideradas la culminación del proceso de subsunción del trabajo intelectual en el capital. En buena medida la mercantilización de la investigación en dichas áreas supone la regulación de los fines de la producción intelectual a partir de una lógica de reproducción y valorización del capital y por lo tanto una tendencia a la subordinación de la investigación a los criterios de la producción capitalista, que se ve acompañada por la creciente mercantilización de la educación. Otros trabajos de tipo intelectual ligados a la organización de la producción, como ya se mencionó, son directamente creados por el capital y desde un principio se encuentran subsumidos a su lógica. El caso del trabajo creativo en ciertos aspectos conserva determinadas características que configuran su particularidad respecto de lo dicho.

3- A modo de cierre: la particularidad del trabajo creativo y la subsunción

A diferencia de otro tipo de trabajo intelectual el trabajo creativo en las industrias culturales tiene la particularidad, que comparte con las obras de arte, de producir objetos con carácter único y por lo tanto insustituible. Así, afirma Zallo, «los discos no se adquieren por su soporte material, sino por el carácter diferenciado y único de su contenido vinculado a un autor o un intérprete y para una pieza determinada» (Zallo, p. 52). Se trata de ejemplares únicos y en el mejor de los casos irrepetibles pero reproducidos industrialmente en forma de mercancías, aunque siempre diferentes a otra serie de mercancías del mismo tipo. Como ya se ha dicho, esta característica fundamental de las obras de arte hace imposible la determinación del «tiempo socialmente necesario para su producción» y por lo tanto tampoco el tiempo necesario para su reproducción. El trabajo que la realiza al no estar sujeto a criterios de determinación, ni repetición, que permitirían a su vez la reproducción del objeto, no puede ser medido en relación con un estado del desarrollo de las «fuerzas productivas». Al no poderse establecer patrones tanto de cantidad como principalmente de calidad el trabajo creativo es difícil de normativizar lo que lleva por otro lado a la dificultad para definir el salario acorde al trabajo incorporado en el producto cultural. El carácter variable de la calidad de los productos tanto entre diferentes personas como en distintos momentos introduce un grado de incertidumbre a la producción –lo que Zallo denomina «aleatoriedad de la demanda»– mayor que en otras ramas como las del trabajo industrial. Esto es así puesto que, más allá de diversas estrategias en función de disminuir esa incertidumbre, no es posible evaluar la calidad de los productos del trabajo creativo hasta tanto no sea puesto en el mercado.

La tendencia a la estandarización de la producción cultural opera como uno de los intentos por reducir esa incertidumbre. Menor es el impacto de la estandarización y de la división del trabajo en aquellas fases de la cadena de valor controladas por el capital. En el caso de la televisión las fases de edición, programación, distribución, etcétera, se encuentran subsumidas al capital, a sus tiempos y criterios de valorización e incluso emergen como actividades en su interior. Ciertamente el aumento de los patrones de estandarización reducen la autonomía creativa y como señala Zallo significan una desposesión del saber creativo y representan una amenaza para el carácter único de los productos culturales (Zallo, p. 53). Sin embargo, las fases relativas a los tiempos de ideación y elaboración de los prototipos, por su lógica, tienen mayor independencia respecto del capital. Si bien las industrias culturales tienden a reducir la incertidumbre de la obra creativa con el asalarización, la división del trabajo, la repetición de fórmulas probadas, aun así las características de estos productos representan un límite a la subsunción.

El carácter único que los productos culturales comparten con los objetos de arte tiene como corolario la particularidad de permanecer ligados a su productor. Así como una pintura de un artista reconocido tiene como valor haber sido producida por él, lo mismo puede suceder en el caso de una novela o con un disco. Al ser inseparable de su productor su consumo es a su vez consumo del productor como de modo inexorable sucede con la música en vivo. En este sentido, la obra de arte y en ciertos casos los productos culturales no pueden ser enteramente expropiados de su productor para su venta como ocurre con cualquier mercancía. De este modo determinados aspectos del valor de uso, su carácter original o haber sido producidos por alguien en particular permanecen ligados a su valor de cambio. En el caso de que el capital reproduzca una mercancía de ese tipo no deja de lado el modo en que han sido producidas ni por quién. En el caso de algunos escritores, y Marx aborda este problema en *El Capital* a partir del ejemplo de John Milton, estos acuden al mercado con un producto terminado: un manuscrito –podría ser un disco en la industria de la música–, realizado independientemente del capital. Podría decirse que se trata de trabajadores autónomos puesto que la relación con el capital no se da bajo la forma de la asalarización, ni el precio pagado por el producto está destinado a la reproducción de esa fuerza de trabajo intelectual. En el mismo sentido, no hay división entre productor y medios de producción. Si se toma en consideración lo afirmado respecto del modo de producción precapitalista y el comienzo de la subsunción formal del trabajo vivo al capital, podrían establecerse comparaciones ya que la naturaleza del proceso de producción no se modifica por su relación con el capital y se lo hace de acuerdo a unas condiciones ajenas a él. Hay un margen de autonomía que deja lugar para el trabajo creativo. Marx afirma que estos trabajos se encuentran a penas subsumidos al capital porque este no los ha puesto directamente a trabajar, funcionan de forma independiente al capital. Se trata según indica en el Tomo I de *El Capital*, de formas de transición o intermediarias en las que el trabajador y sus medios de producción estaban estrechamente unidos «como el caracol y su concha, y es así que la primera condición básica de la manufactura no se cumplía: la de la separación del trabajador de los medios de producción que se le enfrentan en cuanto capital» (Marx, 1986, p.

380). Así, en cuanto esos trabajos ya realizados independientemente del capital son apropiados por este se vuelven productivos, por cuanto valorizan capital. De no ser apropiados por él permanecerían bajo la categoría de improductivos. Claro que cabe preguntarse si en tanto el producto ya se encuentra realizado anteriormente a su contacto con el capital y por lo tanto la actividad productiva al realizarse no se encontraba bajo el control del capital, habría que, aún así considerarlo un trabajo productivo, o si, a la inversa realmente ese trabajo se realiza sin la determinación del capital.

Aun así, el capital aprovecha estas formas de transición y los modos de organización precapitalistas que subsisten en algunas ramas del trabajo cultural. A pesar del alto índice de incertidumbre que acompaña al trabajo creativo y a los productos culturales, por las características ya mencionadas, cuenta, además, con un alto grado de renovación. Zallo hace referencia a los “viveros culturales”, «auténtico ejército industrial de reserva» que produciendo independientemente de las industrias culturales aseguran la renovación real de los productos culturales. Piénsese en la cantidad de escritores que producen manuscritos o de bandas de música que editan sus discos por cuenta propia y luego los llevan a sellos discográficos en busca de suerte. En este caso no es el capital el que se encarga de la reproducción de esa fuerza de trabajo, o solo lo hace en niveles muy bajos y con los productos que selecciona de entre todos los realizados— por ejemplo, a través de porcentajes mínimos por ventas del producto—. Esta fuerza productiva social y cultural «sostenida por actividades educativas y culturales del Estado» e independiente del capital —pues como lo mostró Bourdieu respecto del campo artístico goza de reglas de funcionamiento propias e instancias de consagración autónomas del capital— se erige como un modo particular de *General Intellect*. Su producción y su reproducción no depende del tiempo de trabajo ni de la cantidad de trabajo empleada y en tanto preexiste al capital no precisa de él para su reproducción.

Estas características deberían ser tomadas tan solo como algunas particularidades del trabajo intelectual que se dan en el seno de algunas ramas y en determinados eslabones de la cadena del valor. El carácter único de los productos del trabajo creativo, las dificultades para la asalarización de dichos trabajadores, el carácter relativamente autónomo de la producción cultural respecto del capital, la permanencia de la unión entre productor y medios de producción para algunos productos culturales y la socialización de las competencias necesarias para la realización de ese tipo de bienes simbólicos que los sacan de la esfera exclusiva del capital llevan a pensar en una lógica de subsunción tan solo formal y en las dificultades para su apropiación completa por parte del capital como podría suceder con otras ramas del trabajo intelectual como la Biotecnología o las TIC, con los límites que incluso ellas presentan.

Bibliografía

- Antunes, Ricardo (2005); *Los sentidos del trabajo*, Buenos Aires, Herramienta Ediciones.
César; Mastrini, Guillermo (comps.); *Globalización y monopolios en la comunicación en América Latina*, Buenos Aires, Biblos.

- Bolaño, César (1995); "Economía política, globalización y comunicación", *Nueva Sociedad* N.º 140.
- (1999); "La problemática de la convergencia informática-telecomunicaciones-audiovisual: un abordaje marxista", en Bolaño, César; Mastrini, Guillermo (comps.); *Globalización y monopolios en la comunicación en América Latina*, Buenos Aires, Biblos.
- (2005); "Economía política y conocimiento en la actual reestructuración productiva" en Bolaño, César, Mastrini, Guillermo; Sierra, Francisco (comps.); *Economía política, comunicación y conocimiento*, Buenos Aires, La Crujía.
- Fazio, Ariel, (2006); *El trabajo inmaterial como problema de la filosofía política*, Buenos Aires, E-book.
- Garnham, Nicholas (1979); "Contribución a una economía política de la comunicación de masas", en Moragas, Miquel de (ed.), *Sociología de la comunicación de masas*, Barcelona, G. Gili.
- Habermas, Jürgen (1975/1995); *Problemas de legitimación en el capitalismo tardío*. Buenos Aires: Amorrortu.
- Marx, Karl (1985); Capítulo VI Inédito *El Capital*, México, Siglo XXI.
- (2009); *El Capital*, Tomo I, Libro I, Vol. I, Buenos Aires, Siglo XXI.
- (2009b); *El Capital*, Tomo I, Libro I, Vol. II, Buenos Aires, Siglo XXI.
- (2006); *Manuscritos económico-filosóficos de 1844*, Buenos Aires, Coligue.
- (2008); *Introducción a la crítica de la economía política (1857)*, Buenos Aires, Luxemburg.
- (2009); *Elementos fundamentales para la crítica de la economía política (Grundrisse) 1857-1858*, Buenos Aires, Siglo XXI.
- Lazzarato, Maurizio (2006); *Políticas del acontecimiento*, Buenos Aires, Tinta Limón.
- Lazzarato, Maurizio y Negri, Toni (2001); *Trabajo inmaterial y subjetividad*, Brumaria N.º 7.
- Lukacs, Gregory, (2009); *Historia y conciencia de clase*, Buenos Aires, Razón y Revolución.
- Rullani, Enzo (2004); "El capitalismo cognitivo, ¿un déjé -vu?", en *Capitalismo cognitivo, propiedad intelectual y creación colectiva*, Madrid, Traficante de Sueños.
- Simmel, Georg (1977); *Filosofía del dinero*. Madrid: Instituto de Estudios Políticos.
- Virno, Paolo (2003); *Gramática de la multitud. Para un análisis de las formas de vida contemporáneas*, Madrid, traficantes de sueños
- Williams, Raymond (1977); *Palabras clave*, Buenos Aires, Nueva Visión.
- Zallo, Ramón (1988); *Economía de la comunicación y la cultura*, Madrid, Akal.